

La primera evidencia del reciente libro de Benzion Netanyahu (Crítica, 1999; edición inglesa, Nueva York, 1995) es que se trata de un libro polémico, que ha generado tomas de posición muy radicales respecto a sus tesis. Antonio Domínguez Ortiz, el gran patriarca de la historiografía española, calificó significativamente esta obra en una reseña de la edición inglesa de este libro como: «obra de polémica más que de historia». Pero, ¿por qué esta polémica? Digamos por lo pronto que Netanyahu ha significado dentro de la historiografía judía un cierto revisionismo, un replanteamiento del discurso victimista judío tradicional.

Su primer objeto historiográfico de atención fue la figura de Isaac Abravanel, el gran dirigente judío exiliado en 1492, al que dedicó un libro publicado en su primera edición en 1953. En esta obra ya planteaba abiertamente su discrepancia con la historiografía judía más ortodoxa (Baer, especialmente) en el sentido de que Netanyahu no creía —ni sigue creyendo— en el supuesto criptojudasmo de los conversos, sino que éstos hacia 1480 eran cristianos con apenas rescoldos del judaísmo residual. La Inquisición operaría, desde su punto de vista, sobre una auténtica ficción. A partir de este principio, Netanyahu se dedicó a estudiar la auténtica identidad de los judeoconversos, los «marranos» españoles (a través de un libro publicado en inglés en 1966 con traducción al español en 1994), convencido de que las fuentes inquisitoriales no eran creíbles porque se apoyaban en un prejuicio ideológico, un supuesto intrínsecamente falso: el del presunto problema judío. Para reconstruir la identidad de aquellos conversos Netanyahu se sumergió en las fuentes hebreas de la época, especialmente los *responsa* rabínicos. Estas fuentes demuestran que los tales conversos eran considerados por las autoridades judías como apóstatas, gentiles o renegados, en ningún caso criptojudíos. Netanyahu, en sus críticas a las fuentes inquisitoriales, se sumaba a una corriente historiográfica judía minoritaria que replanteaba su propia peripecia histórica (con algunos historiadores judíos como Saraiva o Rivkin) y que sometió a revisión la tesis clásica de los Graetz, Baron, Revah, Baer... Sólo Cecil Roth entre los grandes, antes de morir, pareció asumir los planteamientos de Netanyahu. No se trataba tanto, desde el punto de vista de esta «nueva historiografía judía», de llorar las penas de lo que fue el holocausto español, como de deslegitimar desde el principio todo el discurso represivo, subrayando la paradoja de que no fue la inquisición la culpable del exterminio judío, sino al revés, la provocadora de que la identidad judía, prácticamente residual, resurgiera de sus cenizas como reacción a la propia represión inquisitorial. Netanyahu rebajaba la cifra de judíos españoles anteriores a 1492 y magnificaba, por el contrario, el número de conversos (unos 600.000) a fines del XV. Pero faltaba el tercer paso: investigar porqué la Inquisición atacó tan duramente a una comunidad que ya desde 1391 era esencialmente cristiana, analizar para qué se creó la Inquisición si el problema religioso, tantas veces invocado, no existía.

Respecto a las fuentes, Netanyahu deja ahora los textos rabínicos y en su reciente libro apela a los textos de los propios conversos y de los cristianos viejos de la España del siglo XV. Y a través del análisis pormenorizado de todos estos textos, sitúa el origen de la Inquisición en el Toledo de 1449 como un «proyecto

urrido por los racistas eclsiásticos dirigido por el vicario de la diócesis toledana», con la figura de Alonso de Espina como el gran inventor del sistema. El proyecto se frustraría y Fernando el Católico lo retomarí­a un cuarto de siglo después para reconducir las tensiones de las oligarquías urbanas contra el creciente poder económico de los conversos, dar salida racional al desafortunado racismo arrastrado desde hacía más de un siglo y consolidar, de paso, el poder absoluto de la monarquía en pleno proceso de formación de una identidad nacional española.

Y es en esta explicación de los orígenes de la Inquisición donde Netanyahu ha chocado con la buena parte de la historiografía española. De las muchas críticas hostiles a la obra de Netanyahu que podríamos citar destaca la de José Antonio Escudero, que ha polemizado en dos recientes congresos sobre Inquisición (Lisboa, mayo de 1998; Cuenca, diciembre de 1999) con Angel Alcalá, co-­traductor de libro (junto a Ciríaco Morón) y el gran apologista del mismo en cualquier escenario. (Expongo los respectivos argumentos de la polémica en el recuadro aparte).

Personalmente, creo que una de las claves de la agresividad contra el libro de Netanyahu ha estado en la hipersensibilidad ante las acusaciones de racismo a la sociedad española que se hacen en el libro y el nexo comparativo que se establece con el holocausto judío. Dejando aparte que los términos *raza* o *racismo* son ucrónicos en la época a la que se refiere Netanyahu (cosa que ya le fustigó Monter), tampoco me parece que merezca rasgamiento de vestiduras asumir el peso específico que tuvo en la creación de la Inquisición la evidente voluntad discriminatoria y criminalizadora de «los otros», unos otros (los conversos) conceptualizados como tales en función de sus señas de identidad contracultural. Si a eso se le debe llamar racismo o no, no me parece la cuestión principal. Que las razones invocadas para crear la Inquisición fueron religiosas (como abogan los críticos a Netanyahu), que detrás de ellas había móviles socioeconómicos y políticos (como defiende el propio Netanyahu), me parecen lógicas obviedades que no pueden camuflar la realidad de un conflicto que enfrentó a una mayoría con unos determinados poderes con unas minorías con otros poderes y del que la Inquisición fue la consecuencia institucional del mismo.

Pero dicho esto, que de alguna manera redime a Netanyahu de su utilización del concepto de racismo como eje justificativo de la Inquisición, me parece obligado hacerme eco de las sugerencias que suscita el libro de Netanyahu y que, lamentablemente, se han planteado muy superficialmente en las críticas al mismo:

1) *No sólo los conversos de origen judío*. La Inquisición moderna no se creó para solucionar el problema converso, solamente. Hay que recordar que la Inquisición medieval, que funcionaba en Francia y la Corona de Aragón desde el siglo XIII, ya consideraba el problema judío y el problema converso como trascendentes y así lo demuestran los dos grandes textos de esta Inquisición (la *Practica Inquisitionis* de Bernardo Gui y el *Directorio de Inquisidores* de Nicolau Eimeric). Pero, sobre todo, se olvida que en la Bula fundacional de Sixto IV de 1478 se alude a que se espera la conquista de Granada —todavía tardará 14 años— y abordar a través de la Inquisición el problema morisco. No se creó, pues, sólo para conversos judaizantes. Y lo cierto es que la funcionalidad de la Inquisición pro-

yectada a lo largo de más de tres siglos y medio fue infinitamente más amplia que la de la mera solución del problema converso. ¿Capitalización multiusos posterior (moriscos, protestantes, delitos sexuales, librepensamiento...) a su creación o invención que ya tenía larvada una función de más calado que la del mero problema converso?

2) *La identidad del judaísmo.* Tengo la impresión de que Netanyahu, como toda la historiografía judía, tiene una visión demasiado integrista de la condición judía. La cultura de los conversos españoles era una cultura con niveles muy diferentes (creencias, ritos-ceremonias y costumbres) de desarrollo, con situaciones según la geografía muy distintas y dentro de la variedad una marcada mixtificación que les dotaba de la dualidad que Revah bautizó como «cristianos sin querer y judíos sin saber». Pienso que no puede generalizarse la situación del judaísmo español del siglo XV. Ni para atribuirle la condición de cristianos nuevos con judaísmo residual, como quiere Netanyahu, ni la condición de criptojudíos militantes. Hay una realidad que no se puede negar. La Inquisición moderna fue radicalmente eficaz y difícilmente daría opciones a un «revival» judío como supone Netanyahu que se produciría entre aquellos cristianos nuevos. Más bien: lo contrario. Varias generaciones literalmente machacadas y astilladas sin respiro. Y el miedo, del que hay tantos testimonios, sólo dejó opción a las estrategias de supervivencia por la vía de la fuga o el disimulo. Y ese disimulo no es una ideología escéptica aprendida en Maimónides sino un condicionamiento fundamental en la vida cotidiana. Un miedo que traspasaba fronteras. Las actitudes racista o como se las quiera llamar, contra los judíos o sospechosos de tal, las vemos en Francia, los Países Bajos, en toda una Europa que, no hay que olvidar, había echado a los judíos mucho antes de que en España lo hicieran los Reyes Católicos. Todo el mundo sabe que Luis Vives era hijo de padres judaizantes procesados por la Inquisición y que no volvió a España desde que salió a los 16 años por miedo a la Inquisición. ¿Cómo hay que considerarlo? ¿Un cristiano nuevo que traicionó la identidad cultural de su familia? ¿Un criptojudío que engañó a todos, inclusive a Erasmo, reconocido antijudío? ¿Un desconcertado que vivió en una tercera vía cultural, híbrida o mixta? En cualquier caso, conviene tener presente que su larga vida fuera de España no le permitió romper unos silencios que son significativos de que el miedo no era monopolio de la Inquisición española.

3) *La función de la Inquisición.* El problema de la Inquisición no es lo que tanto le angustia a Netanyahu y a sus críticos: ¿por qué se creó?; sino, ¿por qué se prolongó durante tanto tiempo? Pienso que el mérito de Netanyahu ha sido rastrear los signos del conflicto cristiano-judío en los siglos XIV y XV, poniendo en evidencia, de paso, la profunda ingenuidad que se esconde en los planteamientos de Américo Castro y sus seguidores que defendieron la idea de una Inquisición que anormalmente acabó con la normalidad convivencial de las tres culturas. Independientemente de algunos logros incuestionables de la convivencia religioso-cultural, la realidad es que el supuesto idilio medieval tiene mucho de ficción y la Inquisición no es un invento de la modernidad sectaria frente al medioevo feliz en la convivencia intercultural. La Inquisición no fue un invento moderno; la

modernidad, en todo caso, otorgó un discurso de racionalidad a la represión judeo-conversa que se venía ejerciendo, más o menos salvajemente desde el siglo XIV. Hasta aquí, me parece lúcido lo que dice Netanyahu. El problema, en cualquier caso, insistimos, no es la invención de la Inquisición, sino la recreación constante de la Inquisición, su reinención continua al servicio del poder dominante del momdneto en cada una de sus etapas históricas y hasta que la sociedad española quiso. Estudiar la mecánica de complicidad que hiciera posible que aquel invento supuestamente dirigido contra los conversos se prolongara tantos siglos sigue constituyendo el gran reto nunca frontalmente abordada de los historiadores de la Inquisición. Algún día habrá que hacerlo.

Argumentos en contra del libro de Netanyahu

J.A. ESCUDERO

- ¿Cómo es posible que una Inquisición esencialmente racista fuese introducida por un rey anti-racista como era Fernando el Católico?
- En la bula de creación de la Inquisición sólo se alude a factores religiosos.
- Los presuntos móviles económicos no tienen sentido porque la Inquisición nunca fue rentable.
- No tiene sentido hablar de naturaleza estatal de la Inquisición en una época de absoluta confesionalidad de la monarquía.
- Incoherente el hecho de que, ante un problema supuestamente pequeño como era el criptojudasismo, según Netanhayu se creara una institución tan poderosa.
- Discrecionalidad interesada en el uso e interpretación de las fuentes.

A. DOMINGUEZ ORTIZ.

- ¿Cómo se explica la desproporción entre el número de conversos procesados por la Inquisición (unos 35.000 antes de 1530) respecto al número total de conversos que habría según Netanyahu (600.000)?
- ¿Cómo se explica la progresión social de los conversos a lo largo del siglo XVI?
- El racismo no estaba en el origen de la Inquisición «fue consecuencia no prevista, no buscada, que la Inquisición aceptó tarde y de mala gana» desde mediados del siglo XVI.

Argumentos a favor del libro de B. Netanyahu

A. ALCALA

- Netanyahu estudia, por primera vez, en profundidad el debate intelectual español sobre judíos y conversos en los siglos XIV y XV.
- Las pruebas de odio racial contra los conversos son irrefutables; la limpieza de sangre es una derivación de este racismo.
- Disculpa de la terminología utilizada.

TEXTOS EN CONTRA DE LA INQUISICION (DE JUDIOS Y CONVERSOS)

Memorial anónimo toledano de 1538: «Un día les puede durar a un hombre el ánimo y coraje y aun a una mujer delicada... pero cuando ven pasar los interminables días, algunos hacen mil cuentas de desatinos y unos se matan y otros confiesan lo que no hicieron... Los predicadores no osan predicar y ya que predicán, no osan meter en cosas sotiles, porque en la boca de los nescios esta su vida y honra y no hay nadie sin alguacil en esta vida».

Samuel Usque (judío exiliado): «El monstruo éste, con su satánico semblante y terrible presencia... Está hecho de piedra y metal, saturado de ponzoña y veneno viperino, y armado con el más duro acero. Ha cubierto la tierra con sus miles de alas, pesadas como el plomo... A su paso, todo muere y se pudre, la hierba se aja, los árboles en flor se marchitan, las tierras más fértiles se convierten en estepas desoladas».

TEXTOS A FAVOR DE LA INQUISICION

Fray Diego de Arce (inquisidor): «Pues a quién, oh hijos de la Yglesia, devemos mucho esto, sino a este sanctissimo tribunal de la Ynquisición? ¿Qué os diré de él? Del cuydado con que busca delinquentes? ¿De la diligente prudencia con que los examina? De la rectitud con que los juzga? De los muchos males que ataja y de los muchos bienes que causa? En otras provincias Christianas, podrá ser que el obrar impiamente no sea lícito, pero en España ni aun hablar se concede sino con mucha pyedad y verdad Christiana. En otras provincias, cortanse los errores nacidos, pero en España, las semillas dellos, antes que broten se ahogan».